

## Una enciclopedia retrata en 18 tomos el Camino de Santiago

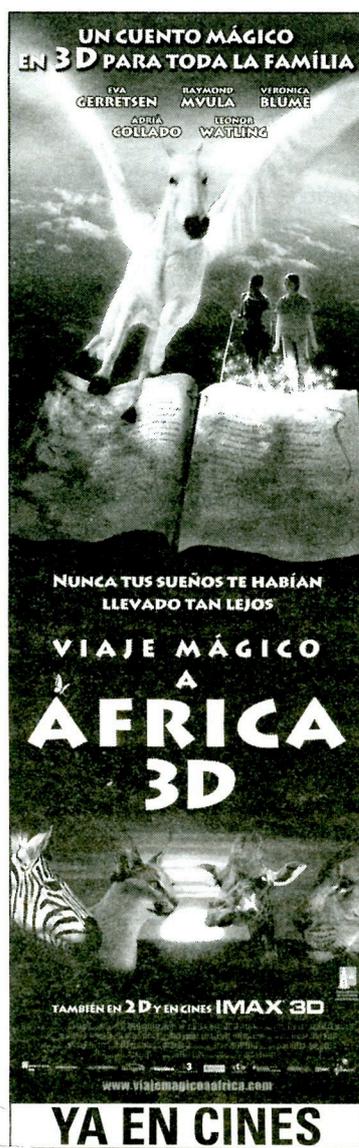
MACARENA LORA / Bruselas  
Especial para EL MUNDO

La puesta de largo de una exhaustiva enciclopedia jacobea subrayó, anteayer en Bruselas, «el afán europeo y europeísta» del Camino de Santiago, como señaló el director de la obra, el profesor Manuel Rodríguez.

Este primer intento de comprimir matices, símbolos, topónimos y personajes que tejen la historia del Camino de Santiago se ha saldado con 18 tomos. En la presentación, el eurodiputado gallego Francisco Millán Mon, que preside el intergrupo parlamentario sobre la peregrinación, celebró una obra que habla de «la vitalidad del camino en el enriquecimiento artístico, cultural y culinario del continente europeo».

La enciclopedia alberga todo un carrusel de cifras: 3.000 entradas, 4.000 páginas, más de 60 colaboradores, alrededor de 2.000 fotografías.

El universo jacobeo habla de rutas que, a través de Polonia o Alemania, Dinamarca o Italia, aúnan solidaridad e integración. Y Manuel Rodríguez dice que, además de en *La Divina Comedia*, en la que Dante se refiere al «varón por el cual todos van a Galicia», ha leído una alusión al camino en boca de Kurt Wallander, el popular personaje de Henning Mankell.



## García Calvo, una vida en dirección prohibida

«Estoy viviendo de lo que me pasó en las revueltas universitarias de 1965», confiesa

DARÍO PRIETO / Madrid  
Poesía, teatro, prosa, prosodia, lengua, filología, versiones, enseñanza política y ese monstruo de dos cabezas al que llaman verdad y realidad. Agustín García Calvo –vamos a ahorrarnos aquello de «el filósofo» o cualquier denominación que limite sus diversas actividades– dibujó este jueves en un diagrama todas las facetas de su vida que, a modo de ramas –o de raíces, según se mire– han tejido su historia. Lo hizo dentro del ciclo *Autobiografía Intelectual* que acoge la Fundación Juan March de Madrid y en el que diversas personalidades de la cultura se destripan a sí mismas en público.

Lo de García Calvo es la inteligencia, y también el humor... y libertad. Compareció frente a una pizarra con su atavío habitual –larga bufanda al cuello, chaqueta de punto abrochada por las puntas y greñas recogidas en coleta– y fue desgranando uno a uno los aspectos ya citados. Cuando acababa con uno lo tachaba de la pizarra y comentaba cómo esa faceta, al igual que las demás, le había proporcionado «cierta desazón».

«Tres o cuatro veces he intentado escribir una novela y he fracasado en cada una de ellas. A lo mejor es porque es el único género que se vende. A lo mejor es por la repulsa que me proporciona el narrador que

me indignaba era la impericia de los académicos, por estar más preocupados en servir al régimen, y de los nacionalistas y las feministas, por querer meter la nariz en temas que creían entender», dijo García Calvo.

Para él, la función de la filología es la de devolver la escritura a la esfera de la lengua, porque «la lengua no es de nadie, pero la cultura tiene dueño; se vende y se compra». El lo tiene claro: «Los cultos no se enteran».

Habló de su juventud en Zamora y Salamanca, de los lentísimos viajes en tren entre ambas ciudades –hoy la línea ya no existe– y, metido en el terreno de las versiones, recordó sus aproximaciones a *La Iliada*, al Macbeth, a Giuseppe Gioachino Belli. Incluso se arrancó a cantar ¡en griego! las estrofas de la primera canción que se conserva, obra de Safo.

«¡Ay, la enseñanza!», musitó antes de meterse en este terreno. «Hice una oposición cuando no sabía lo que era una y, desde el primer momento, tomé la decisión de no examinar». Habló de sus cátedras en Salamanca, de los paseos por el Parque María Luisa cuando daba clase en Sevilla y, finalmente, de su plaza en Madrid. De ahí, al exilio de París, vuelta a España y, una vez jubilado, sus clases abiertas en el Ateneo de Madrid, donde cada miércoles se reúnen sus acólitos. Volviendo al

«¡Ay!» del principio, hizo una reflexión sobre la situación de la educación: «Cada plan de estudios es peor que el anterior, porque su único progreso es al servicio del capital y, una vez más, del régimen. Y la función del régimen es la administración de la muerte».

En estas llegó a la política, y no soltó un «¡Ay!», pero casi. Por lo visto, le hicieron a Don Agustín un juicio inquisitorial, supuestamente por negar la virginidad de la Virgen. Le absolvieron. Pero en febrero de 1965 se vio envuelto en una revuelta totalmente inesperada, la de los estudiantes de Madrid, que le valió ser

## 84 años de fiereza intelectual

Aparte de querer devolver la política al pueblo y arrebatarla a un régimen «totalmente confundido por el dinero», la gran obsesión de Agustín García Calvo (Zamora, 1926) en los últimos tiempos es la cuestión de la realidad. Por eso le interesan la física cuántica y otras disciplinas adyacentes, aunque no desatiende su séquito de «anarcos» que le han tomado por gurú. Quiere que la gente «descubra la falsedad de lo que nos han contado» y destaca la importancia de «no creer que uno sabe», porque dentro de la realidad no se puede preguntar qué es la realidad. «Nos han dado unas explicaciones para tranquilizar al personal, para que parezca que no hay nada misterioso», explicó. «Pero la realidad no es todo que hay».

lo sabe todo de los personajes», explicó a propósito de la prosa. «Sí que he escrito cuentos. Y también he publicado textos en *El País* cuando era más joven. *El País*, quiero decir».

También recordó su concepción de la lengua como algo que parte del subconsciente y las largas discusiones gramaticales y teológicas que mantuvo con Rafael Sánchez Ferlosio y Carmen Martín Gaité sobre este tema, hasta el punto de pasárselos por la cabeza el hacer un diccionario gramatical. «En este sentido, lo que

apartado de su cátedra, al igual que Enrique Tierno Galván y José Luis López-Aranguren. «Las pérdidas son tan dignas de recordatorio como las ganancias», dijo, a modo de alabanza de lo que pasó. «Aquello fue una resonancia de lo que estaba pasando en Berkeley, en Alemania, en Tokio: el rechazo al nuevo régimen que estaba surgiendo, el régimen del dinero». Él, se dejó arrastrar «con la mayor alegría» de su vida. «Y desde entonces», confesó, «estoy viviendo de aquello».



Agustín García Calvo, fotografiado en Madrid en 2008. / JOSÉ AYMA